



AÑO XXIX



HEMEROTECA

MODA

PERIODICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

NUM. 35.

QUE CONTIENE LOS ULTIMOS FIGURINES ILUSTRADOS DE LAS MODAS DE PARIS, PATRONES DE TAMAÑO NATURAL, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, CROCHET, TAPICERIAS EN COLORES, NOVELAS. — CRÓNICAS. — BELLAS ARTES. — MÚSICA, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DIAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España.

- 1.ª Edicion, de lujo con 48 figurines iluminados cada año y 24 patrones en tamaño natural.
Un año 160 rs... Seis meses, 80... Tres meses, 45... Un mes, 16.
- 2.ª Edicion, con 12 figurines cada año y 18 patrones tamaño natural.
Un año 120 rs... Seis meses, 65... Tres meses, 35... Un mes, 12.
- 3.ª Edicion, sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.
Un año 80 rs... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.
- 4.ª Edicion, sin figurines ni patrones.
Un año 60... Seis meses, 32... Tres meses, 17... Un mes, 6.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE SE ABONEN POR UN AÑO A LA 1.ª EDICION
Y una rebaja en el precio de la Ilustracion española y americana.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA, CALLE DEL ARENAL, 16, MADRID,
CON LETRAS DE FÁCIL COBRO.

EDITOR PROPIETARIO: Abelardo de Carlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En las Islas de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes... Seis meses, 7 pesos fuertes.
EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID. En su administracion; calle del Arenal, núm. 16.
HABANA. D. Benito Gonzalez Tánago, calle Habana, núm. 126.
BUENOS AIRES. D. Federico Real y Prado.
LISEOA. D. Francisco Pons Junior, rua dos Fanqueiros, 106, 1er andar.
BROWNSVILLE. — TEXAS. — MATAMOROS. D. M. Peña y Compañía.
VALPARAISO. D. Nicasio Esguerra.

Todo pedido que no sea acompañado de su importe en libranzas del Giro Mútuo ó letras de fácil cobro, no se considerará recibido.

Sumario.—Corpiño con aldetas, guarnecido de rizados. — Canastilla para gorros. — Corpiño de muselina. — Corpiño camisolín con bordado. — Asiento de lámpara. — Guarnicion bordada. — Corpiño camisolín. — Taburete. — Corpiño con punta. — Corsé para sujetar el talle de las jovencitas. — Corsé de faya gris. — Corsé de popelina de lana encarnada. — Corsé de dril aplomado. — Corsé de piqué inglés aplomado. — Corsé de dril inglés blanco. — Corsé pa-

ra niña de seis á ocho años. — Corsé de dril blanco. — Jaretones respunteados. — Corsé para niño. — Gorro de mañana. — Delantal para niña de cuatro á cinco años. — Delantal para niña de cuatro á seis años. — Lazo de corbata de encaje negro. — Dos libritos de memoria. — Sombrero de batista cruda. — Peinados. Explicacion de algunos trabados. — Frutas de cera, por la baronesa de Wilson. — El martirio de una madre, novela de Enrique Conscience, traducida al castellano por la vizcondesa de Castelfido. — Cartas madrileñas, por el marqués de Valle-Alegre. — Un amante del siglo pasado y otro del actual, poesia, por don Antonio de San Martin. — Revista de modas, por la vizcondesa de Castelfido. — Explicacion del figurin iluminado, por Emelina Raymond. — Correspondencia, por la baronesa de Wilson. — Anuncios. — Advertencias. — Soluciones.

Canastilla para gorros.

Se compone esta canastilla de dos mitades cubiertas de tafetan moreno y guarnecidas de tapas y tiras del mismo tafetan. La canastilla va además adornada de dos trenzas de dos ramales cada una, hechas de tafetan moreno. Cada tapa ó tira va cubierta con seda torcida de color moreno claro, puesta en forma de cruz. En cada punto de union se hace una crucecita con seda negra. Las



CORPIÑO CON ALDETAS, GUARNECIDO DE RIZADOS. (La explicacion en la hoja de patrones.)

asas están formadas con trenzas iguales á las que acaban de describirse. Un dibujo especial reproduce una de estas trenzas de tamaño natural.

Se cortan de carton bastante fuerte dos discos de 28 centímetros de diámetro cada uno. En el contorno de cada mitad se hacen á intervalos de 4 centímetros, hendiduras de 4 centímetros y medio de largo cada una. Esto forma trenzas que se cosen en su contorno, de tal suerte, que sus lados crucen cerca de un centímetro. Se cubre cada mitad, por el exterior y por el interior, con percalina blanca. Para cubrir los lados es preciso fruncir un poco la percalina. Por la parte exterior se pone, en el centro de cada mitad, un disco de tafetan moreno de 10 centímetros de diámetro, el cual va adornado como las tiras. El borde de cada mitad está cubierto con un bullon hecho de una tira de tafetan moreno, cortada al hilo y plegada de cada lado. Se fijan en seguida las tapas á una distancia regular. Estas están hechas con percalina morena doble y guarnecida de gasa rígida entre los dos lados de la percalina: su largo es de 9 centímetros, y su ancho de 5 y medio en uno de sus lados trasversales. El otro lado va cor-



CORPIÑO DE
MUSELINA.
(Exp. en la ho-
ja de pat.)

tado en punta. Se cubren las tapas con tafetan moreno, se las adorna como se ha dicho, se las ribetea con galon de seda morena y se las fija tan solo en los dos extremos (lado trasversal y punta). En último lugar se ponen las trenzas y las asas. Estas tienen 28 centímetros de largo por un centímetro de ancho cada una: se las hace con una tira de tafetan doble y al hilo, sobre la cual se cose una trenza. Se juntan las dos mitades cosiéndolas sobre uno de los lados: en el otro se ponen cintas.

Lazo de corbata de encaje negro.

La figura 81 (verso) pertenece á este lazo.

Las dos caídas del lazo se hacen de tul mosqueado y van orladas de un encaje negro de 4 centímetros de ancho.

Córtanse de tul negro dos pedazos por la fig. 81, los cuales (excepto el borde superior) son 4 centímetros más pequeños que el patron en todo su contorno; se les rodea con el encaje frunciéndole un poco en el pico inferior. Se pliega el borde superior poniendo cada cruz sobre un punto, y se fijan estas dos caídas sobre un disco pequeño de tul rígido. Su contorno va oculto bajo un roseton hecho de encaje fruncido de 2 centímetros y medio de ancho.



TIRA BORDADA DEL CORPIÑO
CAMISOLIN.

Guarnicion bordada.

Se empleará esta guarnicion pa-

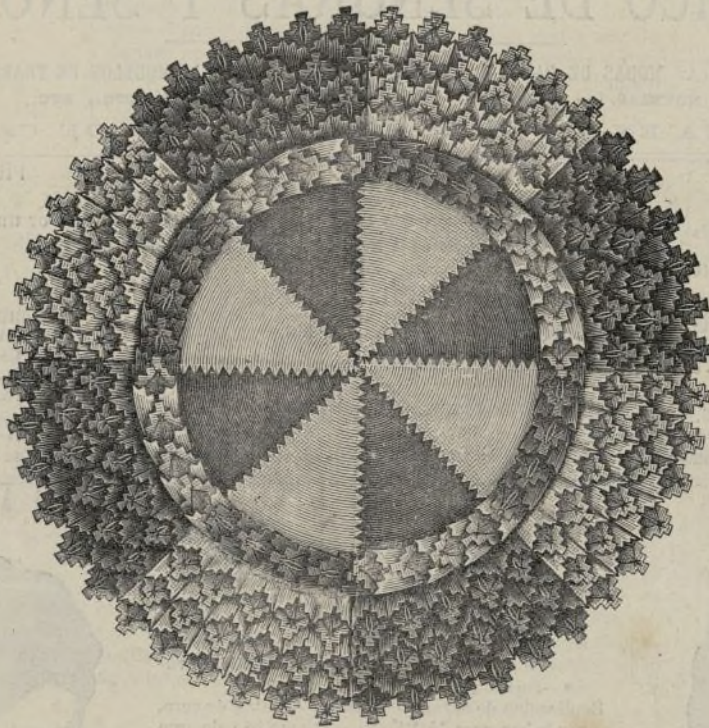


CORPIÑO CAMISOLIN.
(La explicacion en la hoja de patrones.)

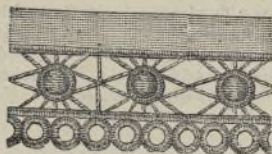
ra orlar corsés, corpiños de debajo, pantalones, camisas, etc. Se le ejecuta sobre una tira de nansuk, festoneando todas las barretas (sin picar



CANASTILLA PARA, ORROS.



ASIENTO DE LÁMPARA.
(La explicacion en la hoja de patrones.)



GUARNICION BORDADA.



HOJA DEL ASIENTO
DE LÁMPARA.



TABURETE.
(La explicacion en la hoja de patrones.)

la aguja en el nansuk), los ojetes y el contorno de las motitas. Se recorta el nansuk debajo de las barretas y alrededor de los ojetes.

Dos libritos de memoria.

Estos dos dibujos servirán para libritos de memoria, porta-monedas, etc. Se les hace de aplicacion al punto ruso, al pasado y al punto de cordoncillo. Para las aplicaciones (vestidos de las dos figuras grotescas) se emplean pedacitos de tafetan ó de terciopelo. Para el punto ruso, el pasado, etc., se escoge seda torcida de diversos colores.

Peinados.

N.os 1, 2 y 3. Si el cabello no es bastante largo y bastante espeso para ejecutar este peinado, se emplearán dos trenzas de tres ramales, guarnecidas de una peineta en su borde superior. Se separan los cabellos naturales hacia el



CORPIÑO CAMI-
SOLIN CON BOR-
DADO.
(Exp. en la ho-
ja de pat.)

medio de la cabeza; los de detrás van trenzados y forman una especie de coca. Cada trenza artificial va fiada por encima de la oreja. A cada lado de la cabeza se separan los cabellos en dos partes (al través): se peina la de encima sobre un crespon de manera que forme un bandó ahuecado; la de debajo va peinada por encima, de forma que tape el añadido de cada trenza artificial. Se fija el extremo de los bandós debajo del cabello de detrás, y se forma la castaña con trenzas artificiales.

N.º 4 á 7. Peinado con castaña floja.—Las personas que no se cuidan de rizarse el cabello ó que tienen la raya muy clara, podrán ejecutar este peinado añadiendo los bandós ondulados (véase el dibujo núm. 6), que van atados á una cinta. El dibujo núm. 5 representa la castaña floja puesta en la cabeza, y el dibujo núm. 7 es la misma castaña

vista al revés.

Para hacer este peinado, se echa todo el cabello hacia atrás, dejando solamente un ramalito por encima de cada oreja; se le anuda detrás de la cabeza, y se fijan los bandós ondulados, que van atados debajo del cabello natural. Se disponen los bandós segun las indicaciones del dibujo,



TRENZA DE LA CANASTILLA PARA GORROS.

se fijan sus extremidades debajo del cabello anudado, se peinan en seguida hacia atrás los ramales que han quedado encima de cada oreja y que sobresalen por encima del cabello postizo ó artificial. Para mayor

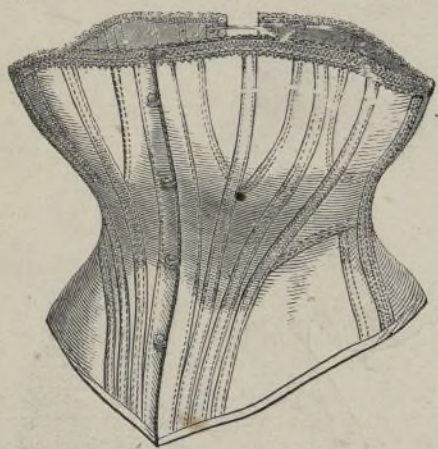


CORPIÑO CON PUNTA.
(La explicacion en la hoja de patrones.)

último lugar se pone la castaña que debe ocultar la cinta de los bandós, y se fijan alfileres grandes de azabache.

N.ºs 8 y 9. *Peinado compuesto de trenzas, de bucles y de una castaña ondulada, vista por delante y por detrás.*—Se le ejecuta, ora con el cabello natural, ó con una castaña ondulada, á cuyos lados se hace ó se pone una trenza de tres ramales. Se riza el extremo del pelo de delante peinado hacia atrás, ó bien se ponen bucles en este punto.

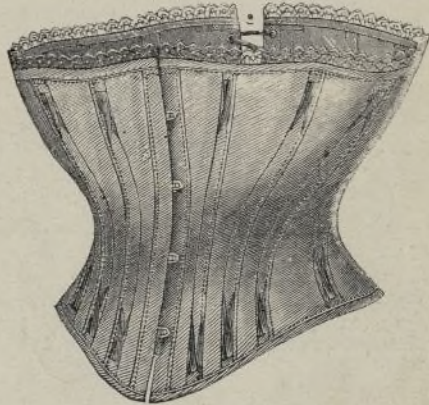
N.ºs 10 y 11. Se dispone el cabello de delante siguiendo la indicación del dibujo, y se le fija por encima de la oreja. El cabello de detrás va partido en dos mitades, á cada una de las cuales se junta la extremidad del cabello de delante, con cuyo pelo se forma un torzal (debajo del cual puede ponerse un tul para abultarlo), y se le fija como lo indica el dibujo. Entre los dos torzales se pone una castaña de bucles (véase el dibujo núm. 11) y varios alfileres de azabache.



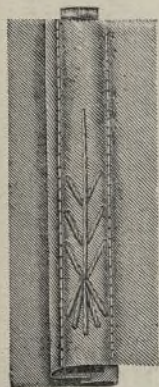
CORSÉ DE PIQUÉ INGLÉS APLOMADO.



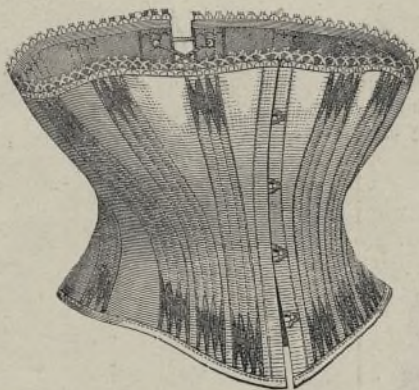
CORSÉ PARA SUJETAR EL TALLE DE LAS JOVENCITAS.



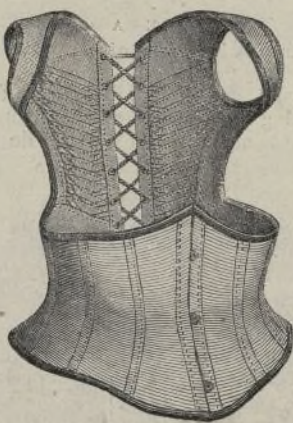
CORSÉ DE POPELINA DE LANA ENCARNADA.



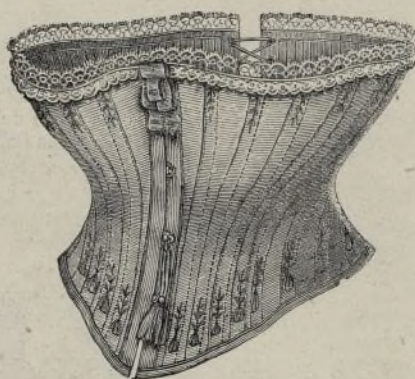
REUNION DE DOS TROZOS PARA PONER UNA BALLENA.



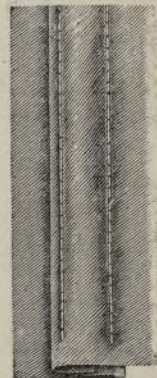
CORSÉ DE DRIL INGLÉS BLANCO.



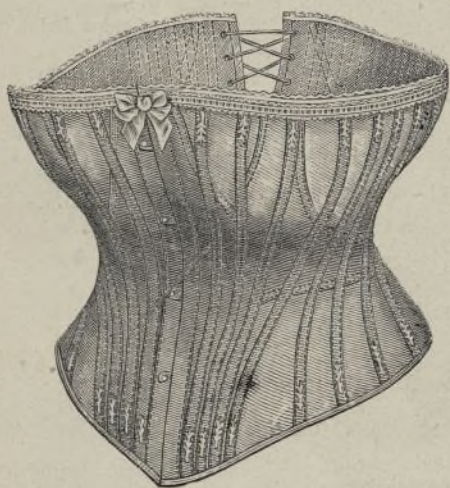
CORSÉ PARA SUJETAR EL TALLE DE LAS JOVENCITAS (delantero.)



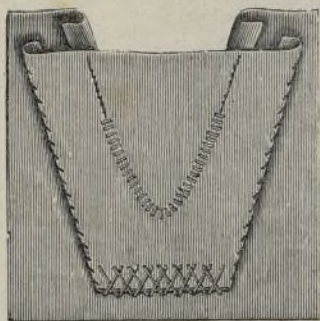
CORSÉ DE DRIL BLANCO.



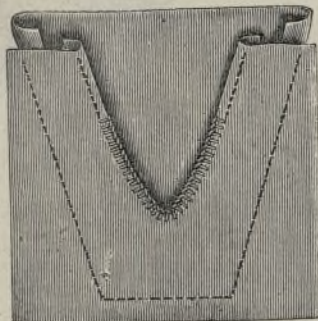
REUNION DE DOS TROZOS PARA PONER UNA BALLENA.



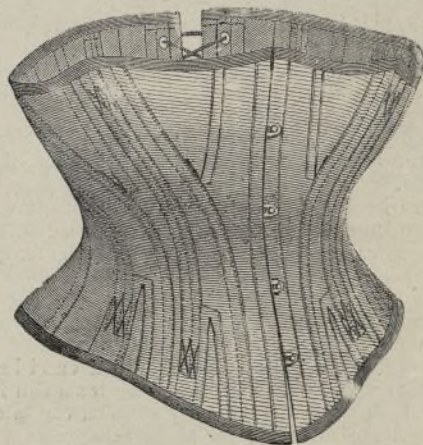
CORSÉ DE FAYA GRIS.



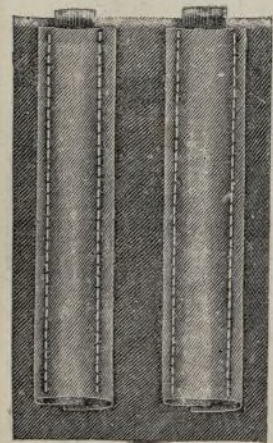
COSTURA DE LAS NESGAS DEL PECHO (interior).



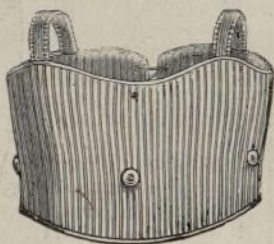
COSTURA DE LAS NESGAS DEL PECHO (exterior).



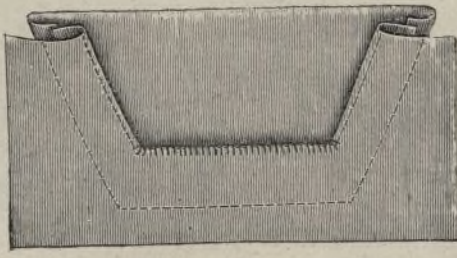
CORSÉ DE DRIL APLOMADO.



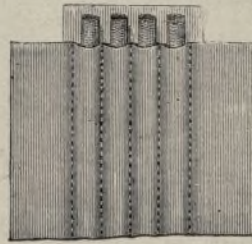
TIRAS PESPUNTEADAS QUE CONTIENEN LAS BALLENAS.



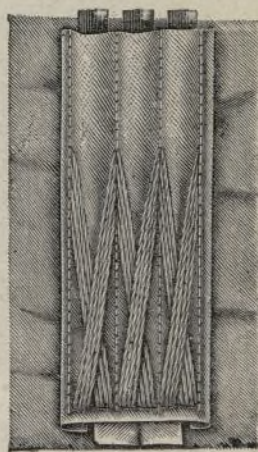
CORSÉ PARA NIÑO.



COSTURA DE LAS NESGAS Ó BOLSAS DE LA CADERA.



JARETONES PESPUNTEADOS. (Véase el corsé de popelina encarnada).



BALLENAS REUNIDAS.

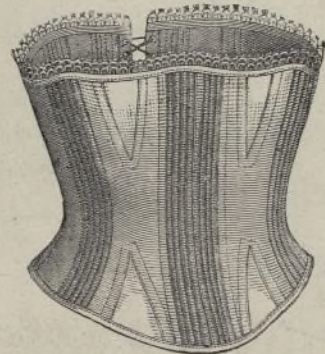
entre los dos rulos. Si no se tiene cabello abundante, se reemplazará esta trenza con la castaña que lleva el núm. 13.

N.º 14. Para hacer este peinado se emplea una trenza gruesa y una castaña ondulada (Véase el dibujo núm. 7). Si se tiene bastante cabello, se le dispondrá como indica nuestro dibujo. El de delante va ondulado y dividido en dos partes por cada lado, y el de debajo, peinado por encima, va sujeto con una peineta. Se pone la castaña postiza, ó se peina el cabello natural sobre un tul ó crespon: se le rodea despues con la trenza.

N.º 15. *Peinado para señora de cierta edad.*—El cabello de delante va dispuesto en bucles cortos y el de detrás en dos trenzas.

N.º 16. *Peinado para señora mayor.*—El cabello de delante va peinado encima de un crespon ó tul y se añaden cuatro bucles sujetos con alfileres. Castaña postiza poco voluminosa.

N.ºs 12 y 13. Si se tiene mucho cabello, podrá ejecutarse este peinado sin ningún relleno ni postizo. Se ata el cabello en la nuca, se le divide en tres partes, la del medio más gruesa que las otras dos; con ésta se forma una trenza de tres ramales, poniendo un tul ó crespon debajo de cada ramal para aumentar su volumen: cada una de las otras dos partes va enrollada sobre un crespon largo, y se fijan estos rulos sobre la cabeza. Se levanta la trenza del medio y se la fija en la coronilla



CORSÉ PARA NIÑA DE SEIS Á OCHO AÑOS.

FRUTAS DE CERA.

Correspondiendo á los deseos manifestados por varias suscriptoras, vamos á ocuparnos de la explicación de los moldes para las frutas de cera y de los colores á propósito para éstas, así como de otros detalles indispensables.

Antes debo advertir á nuestras lectoras, que para perfeccionarse en tan preciosa labor, se necesita estudiar mucho la naturaleza; si son flores, sus pétalos, forma y colores;

(Las explicaciones de las figuras de esta página se hallan en la hoja de patrones.)

y si son frutas, su forma, color y hasta los menores detalles, sin lo cual será imposible hacer nada con buen gusto.

Los moldes para la fruta se hacen de yeso blanco acabado de molar: se pasa por un tamiz y se pone en una vasija la cantidad que se calcule, según el tamaño de la fruta que se desea moldear y la cual se habrá bañado en aceite comun.

Se hará un cajoncito de papel grueso, que tenga un dedo ó algo más de la altura de la fruta, y amasado el yeso con agua, se hace un caldo no muy espeso y se llena como hasta la mitad del cajon, introduciendo en seguida la fruta, teniendo cuidado de que el cabo de ella quede á la derecha y la florecita á la izquierda, y teniendo especial atencion en que no entre más de la mitad, pues de lo contrario seria casi imposible sacarla despues.

Cuajado el yeso y ántes de que se endurezca, con un



DELANTAL PARA NIÑA DE TRES Á CINCO AÑOS.
(Explicacion en la hoja de patrones.)

lápiz ó palo redondo se le hacen unos puntos en la superficie del yeso, con el objeto de que la parte alta encaje perfectamente y no tenga movimiento cuando se dé vuelta al molde de dentro afuera, para que la cera se extienda y no cuaje más que por un lado.

Se deja como una hora, y despues se volverá á bañar en aceite toda la superficie y la de la fruta, por si se ha secado.

Para hacer de nuevo el yeso, se lavará la vasija en que se hizo, pues de lo contrario no cuajaria: se llena de liquido el cajon y se deja para el dia siguiente, que se quite el papel, y con la mayor facilidad se abre el molde y desde luego se puede usar, cuidando de ponerlo en agua algunos minutos ántes: todo depende del tino y del cálculo.

Para hacer la fruta se pone la cera en el baño maria y se da el color como á las flores. Se toma con la mano izquierda el fondo del molde y se llena con la cera derretida y bien caliente; con la derecha se le pone la cubierta del molde y se le dan muchas vueltas hasta que se cuaje la cera, apretando mucho las dos para que no saque rebaba, la que se le quita con una navaja fina ó un cortaplumas, despues que se haya sacado. Alguna vez sucede que estando muy seco el molde, se adhiere la cera demasiado y no se desprende: en este caso se pondrá en una palangana de agua y se desprenderá al momento.

Las peras, ciruelas, manzanas, y generalmente toda fruta lisa y con brillo se bana despues de sacada del molde en cera bien caliente, haciéndolo con extremada ligereza para que no se derri-
ta.

Los colores primitivos son: para el limon, perillas y to-



N.º 1. LIBRITO DE MEMORIA.



GORRO DE MAÑANA.
(Explicacion en la hoja de patrones.)

da fruta amarilla, croun; y añadiéndole á la pasta un poco de verde inglés, se hacen peras, manzanas, higos y toda fruta que sea amarilla con un poco de verde; y aña-



LAZO DE CORBATA DE ENCAJE NEGRO.

diendo más de éste se harán habas, judías, aceitunas, pimientos y todo lo que sea verde.

Para albaricoques y melocotones, se usa el amarillo croun con un poco de minio; añadiéndoles más de éste,



SOMERERO DE BATISTA CRUDA.
(Explicacion en la hoja de patrones.)

tendremos la naranja. Los higos y ciruelas moradas se hacen mezclando con la cera carmin tabla ó tetilla, y para oscurecer más, humo de pez.

Las frutas que tengan colorido se les da mezclando los colores en polvo y frotándolas con un poco de estopa de algodón, teñida en ellos, teniendo presente que hay que tamizar los polvos.

El color del melocoton, minio y laca, el segundo morado, que se hace mezclando encarnado y azul; el aterciopelado ó películas se le da con ceniza tamizada.

Para la bellota, el verde y el color rapé se hace con amarillo y humo de pez; el dedal ó coronilla con ceniza y verde.

Las guindas, guindillas y todo lo de un color encarna-



DELANTAL PARA NIÑA DE CUATRO Á SEIS AÑOS.
(Explicacion en la hoja de patrones.)

do, se obtiene con carmin laca, frotado con los dedos, y el que oscurece más, cuanto más se restrega.

En el próximo número hablaremos de las uvas, racimos, troncos y demás.

LA BARONESA DE WILSON.

EL MARTIRIO DE UNA MADRE.

NOVELA DE

ENRIQUE CONSCIENCE,

TRADUCIDA POR

LA VIZCONDESA DE CASTELFIDO.

PRIMERA PARTE.

(Continuacion.)

Estas demostraciones de generoso afecto conmovieron tan profundamente á la dama, que un torrente de lágrimas brotó de sus ojos, y tomando la mano de Catalina la estrechó fuertemente entre las suyas.

Articuló aún algunos ruegos para vencer la resistencia de la aldeana; pero ésta se obstinó en su respuesta y en sus ofrecimientos.

Marta se quedó un momento silenciosa, como si luchase en contra de una penosa determinacion. Al fin, comprimiendo sus lágrimas, se levantó, fué á la puerta á ver si alguien las escuchaba, acercó su silla á la de Catalina, que la miraba con sorpresa, y luego continuó con voz temblorosa, que dejaba traspirar una



N.º 2. LIBRITO DE MEMORIA.



Amos Gaudin
Nº 1378

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Administracion Carretas 12 pral

MADRID

Ayuntamiento de Madrid

profund
a confia
que la
dosame



N.º 5. P.



tra u
taba p
me e
tanta
el ca
como
heren
usted
do me
mitie
que le
criatu
jay de
ca á
la ni
cias
estab
usted
madr
ferme
su hi
aldeas
servi
que

profunda emocion:—Catalina, me obliga usted á confiarle un secreto más precioso para mí que la vida; pero usted sabrá guardarlo cuidadosamente encerrado en su pecho. Oiga usted,

pues, y trate de dominar su admiración. Ya sabe usted que cuando mi muy amado esposo estaba á punto de morir de resultas de su herida, yo abrigaba ya la esperanza de ver bendecida nues-

beek, cerca de Bruselas; pero la niña murió, según se me dijo, antes de que yo pudiera levantarme de la cama: yo lo he creído por espacio de veinte años, y usted lo cree todavía. Pues bien, Catalina, no es verdad; mi hija no ha muerto...

—¡Que no ha muerto! exclamó la aldeana dando un grito involuntario.

—¡Silencio! Catalina. ¡Vive, si, vive!



N.º 5. PEINADO. (N.º 4 visto por detrás.)



N.º 1.



N.º 14.



N.º 9.

PEINADOS.



N.º 12.



N.º 8.



N.º 4. PEINADO CON CASTAÑA FLOJA.



N.º 10.

tra union. Usted estaba presente cuando me entregó la cruz á tanta costa ganada en el campo del honor, como la más preciada herencia de su hijo; usted pudo oírle cuando me suplicó que transmitiese todo el amor que le tenía á la pobre criatura que no debía ¡ay de mí! conocer nunca á su padre. Nació la niña en circunstancias bien crueles; yo estaba muy enferma, y usted, que velaba á la madre en aquella enfermedad, condujo á su hija á casa de una aldeana que habia de servirle de nodriza y que vivia en Eller-



N.º 15.



N.º 6. EJECUCIÓN DEL PEINADO N.º 5.



N.º 10.

—¿Qué me dice usted? Yo tiemblo. ¿Y dónde está?

—En el castillo de Orsdaël.

—¿Elena?

—Sí, Elena.

—¿Está usted bien segura?

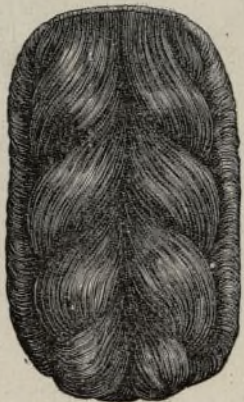
—Segurísima.

—¡Dios mío, qué secreto! Estoy aturrida. ¿Con que nuestra señorita es Laura, su hija de usted?

—No lo ponga usted en duda... ¿Comprende usted ahora por qué algunas de sus palabras me han causado tanto dolor? ¿Comprende usted ahora por qué Mar-



N.º 2.



N.º 13. CASTAÑA CON TRENZA.



N.º 11.



N.º 7. CASTAÑA DEL PEINADO N.º 4.



N.º 3.

ta, la viuda del valiente Hector Hagens, desea con ardor entrar de criada en una casa donde su hija vive y padece?

—¡Ah! déjeme usted acostumbrarme á esta nueva, dijo Catalina medio sofocada. Me parece un sueño, una cosa imposible. ¿Y quién le ha hecho á usted esa revelación?

—Cálmese usted, Catalina, y hable usted más bajo, dijo la dama. Escúcheme usted algunos instantes, y lo sabrá todo. Quince días há, me hallaba yo ocupada, á las primeras horas de la noche, en bordar á la luz de una lámpara, y pensaba en mi difunto marido, en su amor por mí, y en la pérdida de la niña que, si no hubiese muerto, habría sido su vivo recuerdo y mi único consuelo en el mundo; cuando llamaron á la puerta, y poco después entró un aldeano que quería hablarme sin demora. Aquel hombre, que traía un bastón de viaje en la mano y se hallaba cubierto de sudor, me dijo que una mujer, cuyo nombre me reveló, y que yo conocía, había tenido un ataque apoplético y estaba próxima á su fin; que en su agonia pedía con instancias que me avisasen, que quería verme, y que él había venido á toda prisa para trasmitirme el deseo de la enferma. Yo me acordé inmediatamente que aquella mujer era la nodriza de mi pobre Laura, y, sin adivinar lo que podría tener que decirme, tomé un carruaje de alquiler y me dirigí á la casa de la moribunda, en las cercanías de Bruselas. Al llegar allí, vi una mujer tendida sin movimiento, y en derredor de su cama varias personas que aguardaban á que exhalase el último suspiro. Una de ellas le dijo que la señora que había mandado á llamar estaba á su cabecera, cuya noticia pareció reanimar á la pobre agonizante, que abrió sus apagados ojos, me miró con espanto y quiso decirme algo; pero levantó la mano haciendo un penoso esfuerzo, y dió á entender que quería quedarse sola conmigo. Este movimiento había agotado sus últimas fuerzas; pues en tanto que las personas presentes salían de su habitación, ella volvió á caer exánime y no dió, durante algún tiempo, ni la más leve señal de vida. Yo procuré consolarla é infundirle ánimo para el momento solemne, y entonces me dirigí una mirada é hizo un movimiento de cabeza como suplicándome que pusiese mi oído junto á su boca. Habiéndome apresurado á complacerla, murmuró algunas palabras que me causaron una emoción tan profunda, que tuve que agarrarme al borde de la cama para no caerme. «¡Perdon, perdon! dijo con voz opaca. Su hija de usted... no muerta... vive... la hija de... de la señora de Bruinsteen...»

Catalina interrumpió este relato con un grito de admiración; mas viendo que la dama dejaba de hablar, preguntó con una volubilidad febril:

—¿Y después, y después, qué mas dijo?

—¡Ay de mí! no dijo nada más. Yo permanecí mucho tiempo junto á su cama; creo que habría dado la mitad de mi vida por oír algunas palabras más de su boca; pero la envidiosa muerte se burlaba de mi ansiedad. El último aliento de la moribunda se había extinguido. Abrí la puerta, y las personas que aguardaban volvieron á entrar. Nadie me preguntó lo que había sucedido, respetando sin duda la confesión de una agonizante; y yo, abatida con el peso de mi secreto, me lancé al carruaje, volví á mi casa y me encerré para meditar y orar en silencio. Desde entonces he hecho, con el mayor sigilo, activas pesquisas en la aldea de la nodriza y en sus alrededores, para saber si alguien podía darme una explicación en apoyo de aquella confianza suprema. Nada, ni la huella mas mínima; la nodriza había guardado el secreto en el pecho hasta su último suspiro. Recogí en Bruselas mismo informes sobre la condesa, lo cual le explicará á usted mi presencia en este sitio. En el *Aguila de Oro* supe que buscaban un aya en el castillo de Orsdaël, y ya comprenderá usted con cuánto fervor daría gracias al cielo al saber esta noticia. ¿No es en verdad un favor del cielo esta ocasión que se me ofrece de acercarme á mi hija y de curar quizás su espíritu enfermo con el bálsamo de mi amor?

Catalina sacudió la cabeza con aire preocupado, y dijo: —¿Pero no se equivocó usted sobre las palabras de la moribunda? ¿hablaba con bastante claridad?

—Muy claro.

—El difunto conde de Bruinsteen puede tener algunos hermanos ú otros parientes, y hay quizá más de una mujer que lleva el nombre de Bruinsteen.

—No existe ninguna otra. Mis investigaciones me lo han demostrado claramente.

—¡Ah! Marta, perdóneme usted; pero yo no puedo creer todavía en ese extraño descubrimiento. ¿Y si sus sospechas de usted fuesen infundadas?

—Confieso, Catalina, que yo misma vagaba ayer aún en una duda espantosa; mas desde que supe, por los dueños del *Aguila de Oro*, lo que pasa en el castillo, estoy cierta de no haberme engañado sobre la revelación de la moribunda. Reflexione usted conmigo. La señora de Bruinsteen tiene una hija. Esta hija tiene justamente la misma edad que tendría mi Laura. En lugar de querer á mi pobre hija, la señora de Bruinsteen se porta con ella de un modo tan odioso, que usted misma la trata de mala madre, y otras personas han dudado ya de que fuese la verdadera madre de Elena. Añada usted á esto las palabras terminantes de la nodriza, y dígame usted si es posible no ver en todo eso un conjunto de circunstancias fortuitas.

Esta argumentación hubo de convencer á Catalina, pues gritó colérica:

—¡No, no, no es su madre! ¡La señorita es hija de usted, es su querida Laura! Vaya usted, declárelo todo, y saque usted inmediatamente á la pobre niña de entre las manos de sus opresores. No aguarde usted ni un instante más. ¿No se atreve usted, Marta, vacila usted? ¿Puede haber por ventura en el mundo quien niegue el derecho de una madre sobre su hija?

—¡Ay de mí! lo que usted me propone es imposible.

Catalina, asaltada entonces de una idea súbita, se levantó y replicó con tristeza:

—Comprendo: usted no es rica, y Laura, reclamada por usted, perdería la herencia que ahora puede esperar; pero la dejará usted que compre esos bienes materiales á costa de...?

Marta suplicó á la aldeana que se sentase, y continuó:

—Cálmese usted, Catalina; se deja usted llevar de las apariencias. Si me he puesto mis peores vestidos, ha sido con la intención de presentarme en el castillo como aya; mas no por eso soy más pobre que antes; al contrario, mi modesto caudal se ha aumentado con la economía. Concédame usted aún algunos momentos de atención.

Desde que Dios me hizo el favor incomparable de que recibiese la confesión de la nodriza, he pensado, calculado y reflexionado noche y día. ¡Ay! los frutos de estas reflexiones han sido bien amargos. ¿Quién sabe si me será permitido oír el nombre de madre de los labios de mi hija? Piense usted, Catalina, en que yo no puedo presentar ninguna prueba, ni citar ningún testigo para hacer valer mi derecho. ¿Quién me asegura que la misma señora de Bruinsteen sepa que Elena no es hija suya?

—¡Ah! ¿y su odio manifiesto, y su crueldad con la pobre niña?

—Puede ser muy bien el resultado de un instinto de la naturaleza, Catalina. El sentimiento maternal esconde misterios inexplicables, y si algunas veces se experimenta una atracción, de que una no puede darse cuenta, hacia ciertas criaturas con quienes se está unido por una secreta afinidad de la sangre, ¿por qué no ha de suceder también lo contrario? Si yo fuese al castillo gritando: «La señora de Bruinsteen no es la madre de la señorita, Elena es mi hija; ¿qué sucedería? Que se burlarían de mí, que me echarían á la calle, y si yo insistía en mi reclamación, me meterían en una casa de salud, como á una loca cuyo cerebro estuviese para siempre trastornado, y ni aún la justicia podría defenderme. En todo caso, yo perdería quizá para siempre el medio de acercarme á mi hija, y al mismo tiempo la probabilidad de saber el secreto á cuyo descubrimiento he consagrado mi vida entera. ¿Dónde he de hallar, pues, la solución del problema doloroso, sino en el castillo de Orsdaël?

—¡Oh, Dios mío! exclamó la aldeana golpeándose la frente; ¡qué idea!

—¿Qué? ¿qué hay? exclamó Marta temblando de emoción.

—¡Aguarde usted! déjeme usted pensar, murmuró la aldeana.

Al cabo de algunos instantes, repuso con acento de alegría:

—¡Sí, eso es! El intendente, señor Matys... Óigame usted, Marta: hay en el castillo de Orsdaël un hombre que era en otro tiempo criado del conde de Bruinsteen, y que desde la muerte de su amo ha seguido siempre al lado de la condesa. Nadie conoce las relaciones que pueden existir entre él y ella; pero es lo cierto que Matys, el criado, domina hasta tal punto á su señora, que si quisiera mandarla no comer, yo creo que ella obedecería como esclava dócil y sumisa á su voluntad. Muchas personas han formado acerca de esto un mal juicio; pero se engañan indudablemente, pues la condesa y el intendente se detestan con toda su alma. Yo me he dicho muchas veces que debía existir entre esas dos personas un secreto, un terrible secreto quizá. Pues bien, estoy convencida de que ese secreto se relaciona con su hija de usted.

Hubo un instante de silencio. Marta tomó una mano de la aldeana, y le dijo mientras que sus ojos brillaban de contento:

—Gracias, mi buena Catalina; usted viene á iluminar mi oscuro camino. No, no, ya no desespero; lo que usted me dice redobla mi ardor y aumenta mi deseo de ir lo más pronto posible al castillo... ¿En qué estado están sus relaciones de usted con la condesa?

—En muy buen estado; de toda su servidumbre, á nadie considera tanto como á mí.

—¿Y con el intendente?

—En mejor estado aún. El señor Matys no me dirige jamás una palabra insultante ú ofensiva. Y esto se explica fácilmente, Marta. Después de mi casamiento con el guarda del castillo, y tan luego como conocí con qué clase de personas tenía que entenderme, me acordé de que había sido soldado, y he recibido desde entonces, sin decir una sola palabra y con la mano en la frente, la consigna de mis superiores, cumpliendo sus órdenes al pie de la letra, sin prestar la menor atención á sus groseras palabras. De este modo he logrado que me tengan por una mujer discreta é inteligente, que no se mete nunca en lo que no la importa.

—¡Magnífico! exclamó alegremente la dama. Prepárese usted á acompañarme al castillo; pero conserve usted bien en la memoria lo que voy á decirle. Me presentará usted como viuda de un modesto mercader de Bruselas, en cuya casa sirvió usted en otro tiempo. Dirá usted que he tenido desgracias sin número; que la necesidad me obliga á buscar una colocación; que me llamo Marta Sweerts, y que por usted he sabido que el puesto de aya está vacante en el castillo.

La aldeana se había levantado y miraba por la ventana en dirección al castillo.

—Sí, sí, dijo al cabo de un instante; lo he entendido bien, y estoy dispuesta á todo. La señora va á salir muy pronto; los criados están enganchando.

—Pues bien, no perdamos ni un momento: salgamos

—No, al contrario, hay que aguardar á que la señora se marche. Debemos principiar por el intendente. Si la

condesa la recibiese á usted, aquel sería capaz, solo por eso, de impedir que entrase usted á su servicio ó de hacer imposible su permanencia en Orsdaël. Si usted le agrada, la admisión es segura, aún cuando no fuese usted del gusto de la condesa. Déjeme usted que yo lo arregle todo. Sola con usted, hablo mucho y le pareceré atolondrada; mas ya verá usted cómo no carezco de gravedad ni de prudencia. Vamos, siéntese usted todavía un rato. Voy á decirle lo que debe hacer para alcanzar lo que desea del intendente.

Marta volvió á sentarse junto á la mesa, y la aldeana continuó:

—Mire usted, Marta, el intendente es un hombre hinchado por el orgullo, que no puede olvidar que ha sido sirviente, y se figura leer en los ojos de todo el mundo el recuerdo y la reconvencción de su pasado. Es preciso adularlo, halagarle su vanidad, aparentar mucho respeto y deferencia con él, y obrar, en una palabra, como si estuviese usted delante de un hombre instruido é importante. Déle usted á entender al mismo tiempo que usted sabe hasta dónde llega su influencia en el castillo; ruegue usted, suplique, manifieste su agradecimiento, y no dude usted que el resultado será favorable. De todos modos, yo pondré lo que pueda de mi parte, pues él me hace bastante caso.

—¡Ay de mí! dijo la dama suspirando; tiemblo sólo á la idea de tan grandes humillaciones. Yo sabía muy bien que los motivos secretos de mi venida á Orsdaël me impondrían un penoso disimulo; pero humillarme hasta un papel tan bajo! ¡adular al hombre que ayudó quizás al robo de mi hija, y que hoy probablemente la martiriza y emponzoña su existencia!...

—Pero si este primer paso la espanta, ¿qué viene usted á hacer aquí? preguntó la aldeana sorprendida. Renuncie usted más bien á su proyecto, ahora que es tiempo todavía, Marta; en Orsdaël tendrá usted que sufrir muchos insultos y no pocas palabras groseras.

—¡Ah! no es eso lo que me asusta, Catalina. Aunque tuviese que soportar un verdadero martirio, yo me regocijaria si me fuese dado sufrir por mi pobre Laura.

—Comprendo muy bien, Marta, que su noble corazón se subleve contra tan cruel necesidad. Pero en este asunto la vacilación no es posible; es preciso que lo que usted se propone, se lo proponga con toda su voluntad; ó de lo contrario, usted misma se descubrirá y no estará usted ni una semana en el castillo. No olvide usted que la felicidad de su hija es el objeto de sus sacrificios, y que una madre no puede ser culpable cuando emplea los únicos medios que posee para sorprender el secreto de un crimen de que ella y su hija han sido víctimas por espacio de veinte años. Acuérdesse usted, Marta, de que tiene usted sangre de soldado en las venas. Nada de debilidad. Se encuentra usted cara á cara con la injusticia, con el opresor de su hija, con un crimen quizás... ¿Y vacila usted?

—No, yo trataré de cumplir con mi doloroso deber, respondió Marta. Conozco que ese perpétuo disimulo me desgarrará el corazón; mas confío en Dios, que dará á la desventurada madre las fuerzas necesarias para llevar su cruz, y que le perdonará lo que la fatalidad triste le ordena.

En este momento sonó un tiro muy cerca de la casa. Marta se levantó y miró á la puerta temblando.

—Es mi marido, dijo Catalina con una expresión de disgusto. No sé lo que tiene, que desde hace tres ó cuatro días dispara de ese modo su escopeta en las cercanías del castillo, á pesar de que la caza está cerrada.

Un hombre en traje de caza verde, y con un morral á la espalda, entró en la habitación.

—¿Qué es eso, Andrés; te has vuelto loco? le dijo su mujer. Ya ves cómo has asustado á esta señora; todavía está pálida de miedo. ¿Por qué tiras así delante de nuestra puerta?

El guarda pronunció algunas palabras incoherentes; y luego, quitándose la gorra para saludar á la forastera, añadió:

—Sí, Catalina, es una orden del castillo. Parece que les gusta mucho oír tiros de fusil, pues debo disparar dos, por lo ménos, todos los días.

—¿Qué nuevo enredo es ese? murmuró la aldeana. De todos modos, no es culpa tuya, Andrés; tú cumples con las órdenes recibidas, y nada más. ¿Ves esta señora? es una antigua conocida mía. Ya recordarás que te he hablado á menudo de un mercader de Bruselas, en cuya casa serví hace tiempo.

—Querrás decir un oficial de húsares, respondió el guarda, que había ido á sentarse cerca de la chimenea y llenaba su pipa.

—No, un mercader, Andrés.

—No lo recuerdo, Catalina.

—Es probable; tú tienes mala memoria. Pues bien, esta dama es la viuda de aquel negociante. Ha tenido muchas desgracias, y viene á presentarse como aya en Orsdaël.

—Deseo que logre su pretensión, murmuró el hombre meneando la cabeza; pero estará en el castillo mucho tiempo; esto es lo principal.

Oyóse en aquel momento el chasquido de un látigo.

—¡Ah! la condesa sale del castillo, exclamó Catalina. Andrés, voy con Marta;—se llama Marta Sweerts ¿lo oyes?

—Voy con ella á hablar al intendente. No dejes apagar el fuego. Si por casualidad cenamos media hora más tarde, no te enfadarás por eso, ¿no es verdad?

—No, no, ya entiendo, una antigua conocida... Haz lo que gustes, Catalina; yo aguardaré.

La mujer del guarda asió á la dama de la mano, salió con ella y se dirigió al puente del castillo.

III.

Marta aguardaba en la antecámara del castillo, mientras que Catalina había entrado en el salón para hablar con el intendente y prepararle á que la recibiese bien.

Prolongábase la conversacion más de lo regular. La viuda oía de cuando en cuando una voz de hombre bronca é irritada; pero no podía distinguir lo que decía. Había venido con la firme esperanza de que su tentativa tendría buen éxito; pero ahora, el corazón le palpitaba fuertemente á la sola idea de que Catalina podría encontrar dificultades imprevistas, quizás un obstáculo invencible, y que volvería probablemente con la triste nueva de una negativa formal. ¿Qué le quedaba que hacer en semejante caso? ¿Renovar su petición á la condesa? Mas por lo que le aseguraba Catalina, no había ninguna probabilidad de éxito por este lado. Se resolvería, pues, á vivir en la aldea, donde, si era posible y decente, ocuparía una habitación en casa de Catalina. Vivir cerca de su hija, acechar la ocasión de verla á menudo, aun cuando fuese desde lejos; aguardar, vigilar, espiar, tratar de captarse las simpatías de los criados del castillo, para descubrir un día el secreto de la desaparición de su hija, tal había de ser en aquel caso el único papel que le quedaba que desempeñar.

(Se continuará.)

CARTAS MADRILEÑAS.

Madrid 25 de Setiembre de 1870.

Aquí me tiene usted, señor director y amigo, de vuelta ya de mi viaje á París, donde no he disfrutado los goces que me prometía, ni mucho menos.

Alegre, animada, bulliciosa en el mes de Junio, tornóse la gran ciudad triste, abatida y lúgubre, á contar desde mitad de Julio.

Acabáronse en ella las fiestas y diversiones; cerráronse salones y teatros; huyeron despavoridos los extranjeros, y adquirió todo un aspecto siniestro y sombrío.

Véanse venir desde el principio las dos inmensas catástrofes que han ocurrido en los primeros días de este mes: la derrota y la revolucion.

Véanse marchar los sucesos con pavorosa rapidez, como las nubes que aparecen de súbito en una tarde de estío, y que no tardan en descargar piedra y fuego sobre la tierra estremecida. Aquel centro de los placeres, del lujo, de la elegancia, es ahora teatro de horrores y de desastres sin cuento. — ¡Quiera el cielo que no sea en breve un monton informe de ruinas! — ¡Quiera Dios que no se consuma el crimen de destruir un pueblo; que no era solo francés, sino cosmopolita, á cuya prosperidad y á cuya gloria contribuían las demás naciones, llevándole cada una anualmente un considerable tributo de oro!

He regresado á Madrid, y vea usted cuál será el estado de París, cuando esto me ha parecido un oasis, una mansión de delicias.

Al ménos hay calma en la superficie; al ménos, aunque en el fondo se formen medrosas tempestades, nada las anuncia á los espíritus frívolos y ligeros que sólo ven con los ojos de la cara, y no con los más perspicaces de la razón y la experiencia.

Madrid canta; Madrid rie; como si su situación fuese la más exenta de peligros; como si no existiese muy próxima una guerra impía y nefanda, cuyos efectos sienten todos los pueblos del mundo; en fin, como si del éxito de esa misma lucha no dependiesen en parte sus propios destinos.

No pretendo desempeñar el papel de Jeremías, ni siquiera trazar las fatídicas palabras *Mane, Thecel, Phares*, ante los que asisten al nuevo y espléndido festín de Baltasar.

Al contrario, quiero tomar puesto en él y gozar de los mismos deleites que embriagan á esta ciudad alegre y loca.

Nunca la he visto en Setiembre tan animada ni tan divertida: la emigración veraniega ha regresado en su gran mayoría, y puebla con sus lujosos carruajes por la tarde la Fuente Castellana; por la noche, los teatros de Rivas y de la Zarzuela.

El primero es el favorito de la moda, siendo el ídolo á quien todos rinden culto una sílfide llamada la Pinchiara.

La afición al baile había muerto en Madrid años hace, y ella ha tenido la habilidad ó la fortuna de resucitarla.

Cerca de cincuenta veces consecutivas se ha ejecutado *El espíritu del mar*, y la vasta y anchurosa sala del paseo de Recoletos apenas ha sido suficiente para contener á los espectadores que acudían deseosos de aplaudir á la Pinchiara, y de admirar las maravillas de la *mise en scene* de tan linda y fantástica obra coreográfica.

La noche del beneficio de la popular bailarina presencié una de las mayores ovaciones que he visto en coliseo alguno.

De los palcos llovían sobre las tablas inmenso número de colosales ramos, mientras de las alturas caían sobre la platea composiciones poéticas en papel de colores y volaban hacia la escena multitud de palomas encintadas.

No era esto todo: los cuatro pescados que figuran en *El espíritu del mar* presentaban á la Pinchiara, en nombre del empresario, una enorme *corbeille* de flores, en la cual se leía, formado con estas, el nombre de *Emilia*; á la par entregaban á la beneficiada dos elegantes coronas—sin duda para que se las ciniese á los pies—y uno de los infinitos admiradores de la ondina la enviaba, bajo el velo del anónimo, un rico guarda-pelo con soberbios brillantes.

Es menester tornar la vista á una época muy lejana—á los tiempos de la Guy Stephan, la Fuoco y la Cerito, para hallar algo con que comparar la ovación tributada á la graciosa bailarina italiana.

Esta, á todos sus méritos y cualidades, reúne los de ser modesta y simpática; posee además una cosa que los franceses llaman *charme*, y que no se reemplaza con otra alguna.

Así, nadie puede permanecer indiferente al verla; y sin ponerse á examinar su belleza ni su arte, el espectador aplaude deslumbrado, fascinado por aquella danza ligera y aérea; por aquel semblante plácido y risueño; por aquella sonrisa dulce y cariñosa.

El señor Rivas debe singular gratitud á la Pinchiara, pues le ha hecho resarcirse de las considerables pérdidas que le ocasionó la compañía de ópera francesa, y dejándole pingües ganancias. ¿No será él el donador misterioso del guarda-pelo, que se atribuye también á los jóvenes socios del *Veloz-Club*, ó á algun elevado personaje político?

El coliseo de la Zarzuela se ha abierto igualmente bajo buenos auspicios, con una excelente compañía, con un numeroso abono.

Aquella se compone de todas las celebridades del género, desde la Zamacois hasta la Baeza; desde Salas hasta Eseriu; entre los abonados figuran muchas de las familias más distinguidas de la capital, que han querido dar una muestra de interés al hábil director é inteligente cantante, víctima de un desastre reciente.

Los *Brigantes*, de Offenbach, son la novedad que nos ha ofrecido; y á ser ménos mala la version, es posible que el éxito hubiera sido completo.

Pero el señor Granés, que cuando tradujo *La Princesa de Trebisonda*, demostró que conocía muy poco el francés, ha probado ahora que todavía conoce ménos el castellano.

También han abierto sus puertas los teatros de los Bufos y de Lope de Rueda; el 1.º de Octubre las abrirá el Teatro Español, y el 15 el que continúa llamándose el Real, á pesar de la revolucion y de los republicanos.

El invierno, pues, se anuncia perfectamente, aunque el capítulo de fiestas y saraos no ofrezca un aspecto tan halagüeño.

Probablemente no recibirá la condesa del Montijo, afligida con los desastres que han caído sobre la Francia, en cuyo trono se sentó durante más de diez y siete años su hija, la emperatriz Eugenia.

Y nada podrá reemplazar las reuniones del palacio de la plaza del Angel, donde alternaban los bailes espléndidos con las representaciones dramáticas; los régios banquetes con los artísticos conciertos.

La condesa del Montijo ha soportado con insigne fortaleza—como su ilustre hija—los reveses de la fortuna, teniendo el consuelo de ver que sus amigos—y lo son cuantos componen lo que se llama el gran mundo—han tomado parte en su pesar y en su duelo.

No hay uno solo que no haya hecho la peregrinación á la bella quinta de Carabanchel, á manifestar á su dueña su afecto y sus simpatías.

Los ministros extranjeros, el Regente del Reino, los marqueses de Bedmar y de Vinent, la condesa de Velle, las señoras de Riquelme, de Carvajal y otras, serán este año quienes reemplacen á aquella á quien los periódicos llamaban la duquesa de P..., en su grata misión de recibir y obsequiar á la sociedad madrileña.

Piensen regresar á Madrid—y varios lo han verificado ya—las numerosas familias que desde la revolucion de Setiembre residían en el extranjero.

En este número se cuentan los duques de la Roca, Sotomayor, Baena, Sevillano, Granada, Villahermosa; la marquesa de Narros; los condes de Guaqui, del Real, Oñate Fuentes, Heredia Spínola y muchos más, los cuales durante dos años han residido en París ó en Bayona.

¡No hay nada que haga olvidar la patria! Cuando cualquiera se halla ausente de ella, comprende cómo se ama el suelo donde nació.

Por eso, poseído de una enfermedad que se llama nostalgia, el emigrado conspira casi siempre para que se le abran las puertas de su país, que parece tanto más bello cuanto más imposible ó difícil es tornar á él.

Aun no ha llegado el invierno, y ya son varios los matrimonios que se anuncian como próximos á realizarse: el primero será el de la señorita Doña Dolores Carvajal con el vizconde de los Antrines, hijo del antiguo presidente del Consejo de Ministros D. Antonio Gonzalez, hoy marqués de Valdeterazo.

El joven marqués de Puerto Seguro, hijo del duque de Abrantes, se enlazará con una bella señorita de Cartagena, muy conocida en Madrid; el del Viso, primogénito de los marqueses de Santa Cruz de Mudela, dará su mano á la linda hija de los marqueses de Tablantes, de Sevilla; y en fin, la señorita Doña Matilde Calderon, hija del difunto banquero, unirá su suerte á la del duque de la Union de Cuba, nieto del general Tacón, que dejó en la Habana honrosa y noble memoria.

Todo esto representa algunos miles de duros de ganancia para el comercio madrileño, pues que el estado de la Francia no permitirá que de allí se traigan los *trousseaux* y las galas destinadas á las cuatro aristocráticas novias.

«No hay mal que por bien no venga,» dice el refrán; y hasta en la ocasión presente se justifica la exactitud de éste, como de casi todos los proverbios.

EL MARQUÉS DE VALLE-ÁLEGRE.

UN AMANTE DEL SIGLO PASADO,

Y OTRO DEL ACTUAL.

En el siglo que pasó,
todo aquel que caballero
á una dama pretendió,

al hacerlo no pensó
si era pobre ó con dinero.

Mas hoy que el amor se siente
con instintos bien fatales,
siempre tiene el pretendiente
cierto refran muy presente:
Tanto tienes, tanto vales.

Para probar, ¡oh! señores,
que en esta ocasión no miento,
oigan dos cartas de amores;
una llena de primores
y otra de vil sentimiento: . . .

CARTA I.

Ven á un desierto, ven; nuestros amores
lo harán, hermosa, aparecer sembrado
de ricos frutos y lozanas flores,
aun cuando esté de abrojos circundado.

Ven á un desierto; en él, cuando tú quieras,
humildes, cual los tiernos recentales,
verás, mi dueño, á las sangrientas fieras
admirando tus ojos celestiales.

Ven á un desierto, que á tu lado espero
gozar por siempre venturosa calma;
ven, que mi amor es el amor primero,
y nada ya lo ha de arrancar del alma.

Seré un esclavo allí; tú, la señora
que reine para siempre en mi albedrío,
y la espléndida luz de cada aurora
verá crecer, hermosa, el amor mío.

Juntos, ¡oh, Celia! en amorosos lazos
bendigera mil veces á mi suerte,
si siempre tiernos tus amantes brazos
pudiera en ellos afrontar la muerte!

Entonces aún, por ver tanta hermosura
como el cielo te ha dado, Celia mía,
saliera de mi horrenda sepultura,
fantasma errante, para verte un día. . .

Aquí este amante concluye
su misiva, que es muy larga,
pidiendo con insistencia
un rizo á la que adoraba.

Oigan ustedes ahora
de cierto mozo de chapa,
que ha nacido en nuestros días,
la tierna siguiente carta:

CARTA II.

Me encanta tu donosura,
tus ojos y tu cintura,
y con afanes te quiero;
pero más que tu hermosura
me agradaba tu dinero.

Antiguamente en España,
los amadores sin maña
decían muy afanosos:
con tu amor y una cabaña
seremos siempre dichosos.

Hoy somos más pensadores,
y queremos con amores
perdices y no cebolla,
que el amor con solo flores
no sirve para la olla.

Ya que tu padre ha quebrado
y hoy está casi tronado,
olvidame, Elvira hermosa,
que el no comer, bien mirado,
vale en sí bien poca cosa.

Tú hallarás, pues eres bella
y muy cándida doncella,
otro nuevo y tierno amante:
conmigo tu labio sella
y no peques de constante.

Como no soy seductor
y siempre te dió mi amor
de estimación pruebas hartas,
mañana por tu aguador
te devolveré tus cartas.

Las mías, pues esto pasa
y son de importancia escasa,
las das á un ultramarino,
si no las usas en casa
para aquello que imagino...

Tal contraste, señores,
dice bien claro,
que en el día á Cupido
vencen los cuartos;

Y un «yo te quiero»,
lo sostiene al decirlo
sólo un gallego (1).

Si una niña quisiese
mi amor del alma,
aunque fuera más pobre
que las arañas,
Dígalo al punto,
que el vicario es mi amigo
y hoy me pronuncio.

ANTONIO DE SAN MARTIN.

OBRA MAESTRA EN CABELLO.

Nos han remitido de la Habana un curiosísimo trabajo, que consideramos digno de especial mención en las columnas de LA MODA. Consiste en un retrato de nuestro malogrado compatriota Sr. Castañón, hecho por D. Carlos Ortells, con cabellos del valeroso defensor de la causa española en Cuba. De un dibujo correcto, de exquisita delicadeza en los detalles y de un admirable parecido, este trabajo merece figurar entre las verdaderas obras de arte. Felicitamos al Sr. Ortells por haber sabido interpretar con tan elevada maestría los sentimientos del más puro patriotismo, y felicitamos á las señoras habaneras que tienen la suerte de albergar en su población á tan distinguido artista.

REVISTA DE MODAS.

Paris 26 de Setiembre de 1870.

Árida, por no decir dolorosa, es la tarea de describir trajes y tocados, de hablar de modas y diversiones en las circunstancias azarosas por que atraviesa la gran capital; pero nobleza obliga. Decían los antiguos, y nosotros podemos muy bien decir que esta metrópoli del mundo elegante se ve hoy forzada, para conservar su legítimo imperio, á enjugar el llanto y satisfacer con semblante risueño la inexorable curiosidad de sus numerosos tributarios.

Los trajes de calle para este otoño se hacen rasantes, y un poco más largos, sin que por esto formen cola cuando se les destina á reuniones ó comidas de etiqueta. Se recogen estos trajes más que nunca, si es posible, lo cual asegura suficientemente la consistencia de esta moda para el invierno próximo; pero notamos asimismo menos volantes plegados, y á fé que era ya tiempo de que se les dejase descansar un poco después del uso excesivo que se ha hecho de ellos este verano en todo género de trajes. Un volante alto fruncido, cortado al sesgo y con una cresta fruncida, fijada por medio de un biés simple, doble ó triple, los reemplaza con ventaja, sobre todo para paseo.

Reinará también este otoño el guarda-piés de tartán escocés, muy cómodo para salir por las mañanas y para los primeros días lluviosos. Estas enaguas ó guarda-piés se pondrán con toda clase de tunicas lisas y de colores neutros, tales como gris, castaño, y sobre todo negro. Las tunicas, recogidas de diversos modos, irán guarnecidas con un volantito fruncido igual ó con un fleco; mas para las señoritas muy jóvenes, uno ó muchos bieses, hechos con la escocesa del guarda-piés, reemplazarán muy bien cualquier otro adorno.

Se hacen igualmente los trajes para calle de dos colores, como por ejemplo: túnica gris sobre falda azul, túnica de color

(1) El autor tiene la honra de haber nacido en esta provincia.

de madera sobre falda color de castaña, ó negro sobre morado. Las tunicas negras tienen además la ventaja de poder llevarse con todos los colores lisos, con tal de que no sean muy claros. Los trajes de dos tintes ó colores se guarnecen generalmente del siguiente modo: túnica gris sobre falda morada con bieses grises ribeteados de vivos morados para que se destaquen mejor; al paso que la falda, guarnecida de uno ó muchos volantes, es toda morada. Excusado nos parece añadir que la mayor parte de estos trajes se llevan sin abrigos ni prenda alguna suplementaria; pero al principiarse el frío puede agregárseles un gabancito de color igual á la túnica, hendido siempre por detrás y por los costados.

Para trajes de mayor elegancia, destinados á reuniones, se emplean colores más claros y adornos de más precio. El tafetan, el fular, la popelina de seda, como telas, y el terciopelo para adornos y accesorios, será lo que generalmente se use. Una tela azul se guarnecerá con terciopelo azul, una de color de lila con morado, una gris con gris, y así sucesivamente: el terciopelo negro se dejará para las telas negras. El blanco y el azul salen de esta regla general y conservan el privilegio de los adornos de colores variados.

Para acompañar á los vestidos altos se preparan lazos de corbatas tan variados como graciosos. Indicaremos algunos:

Lazo de terciopelo negro, muy pequeño, que descansa sobre unas conchas de cinta de color de rosa, el cual se completa con dos cocas de terciopelo negro y dos pedazos de cinta iguales á las conchas.

Otro lazo de gro verde, cuyo travesaño va rodeado de un plegadito de muselina blanca guarnecida de un encaje: los picos de este lazo van ribeteados del mismo modo.

Se hacen otros en forma de roseton, mezclados de puntillas de Brujes; otros de raso y terciopelo, por mitad, con vivos de raso en el terciopelo y de terciopelo en el raso; y otros, en fin, de crespon de la China negro ó de cualquier otro color, guarnecidos de flecos ó de encaje.

Indicamos estas combinaciones para dar una idea á nuestras lectoras, que podrán añadir y añadirán indudablemente otras igualmente nuevas y lindas.

No es de prever, por ahora, ninguna mudanza notable en la forma de los sombreros, que serán este otoño tan altos como en la estación pasada, y los adornos aglomerados asimismo en la coronilla. He notado en los sombreros de encaje (sobre todo cuando son negros) muchos azabaches.

Guiados por el buen gusto y forzados un tanto por el calor, los peluqueros han inventado para las señoritas jóvenes un peinado tan saludable para el cabello como favorable al rostro. Se parte el cabello desde el medio de la frente hasta la nuca; se reservan los bandós y se forman con el resto dos trenzas de tres ramales. El cabello reservado para los bandós se echa hacia atrás y se fija después por debajo de las trenzas, detrás de la oreja. Hecho esto, se cruzan las dos trenzas, es decir, se pasa á la derecha la de la izquierda y á la izquierda la de la derecha, para reunir las en forma de corona en lo alto de la cabeza, donde se sujetan con una peineta de concha. Las jóvenes que tienen abundante cabellera no hallarán peinado que les favorezca más que este. Hemos visto algunas, y podemos asegurar que están muy bien.

LA VIZCONDESA DE CASTELFIDO.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.278.

Vestido de tafetan negro, guarnecido con dos volantes adornados de terciopelo negro y llevando por encima dos encajes blancos reunidos bajo una cinta de terciopelo negro. Túnica guarnecida con un encaje ancho de Brujes y recogida bajo lazos de terciopelo negro; corpiño con aldetas guarnecido de terciopelo y encaje de Brujes.

Vestido de faya gris, guarnecido con un volante plegado atravesado de trecho en trecho por una cinta de terciopelo cobrizo; se pone una cinta igual á 5 centímetros de distancia, y por encima una tira de faya gris, dispuesta en forma de torzal y adornada de cocas de terciopelo cobrizo puestas á distancias regulares. Túnica igual guarnecida de una cinta de terciopelo cobrizo y de un volante plegado, y recogida por cada lado bajo unas cocas de terciopelo cobrizo. Casaca igual, guarnecida como la túnica, abierta sobre un chaleco de la misma tela y abrochada en medio: las mangas de la casaca son muy anchas. La casaca va abierta en forma de fichú ó pañoleta y guarnecida de un rizado de encaje doble que termina debajo de un lazo de terciopelo cobrizo. En la cabeza se ponen tres bandeletas de terciopelo del mismo color.

CORRESPONDENCIA.

Madrid 28 de Setiembre de 1870.

M. M., *Burgos*.—Para pasar un bordado á otra tela, no hay más que recortarlo con mucho cuidado, dejándole un poco de tela al borde, la que se vuelve para el revés y se cose á punto de remiendo con *algodón de nelo*, hecho lo cual se coloca sobre la tela nueva y se le vuelve á dar otro punto sumamente fino y primoroso, pasándole el dedal para que no se conozca. Si el bordado tiene calados, se dejan como están y se recorta la tela nueva, dándole un punto por el lado del revés, profundizando un poco en el bordado para que quede más fuerte.

Es sencillo, pero requiere primor y buen gusto.
R. C. de Rodríguez, *Veracruz* (Méjico).—Las monedas para bautizo, sean de oro ó plata, se las manda grabar alrededor el nombre del niño y en el centro la fecha del día en que nació, mes y año y noblacion, y en el reverso el nombre de los padrinos: generalmente se le hace poner una asita para meter por ella un cordón bonito blanco y plata ó azul y plata: si son monedas con busto, entónces puede hacerse un agujero para meter una cinta de raso, sea azul, ó blanca, ó rosa, y en ella se imprimen los nombres, fecha, mes y año.

A. J., *Miranda de Ebro*.—La arenilla es uno de los bordados hoy más en moda; pero es preciso haya costumbre y mucha igualdad para que cause buen efecto. El acericio puede bordarlo sobre cachemir negro ó blanco, á punto ruso y rodeado con fleco de cordoncillo.

S. M. C., *Ciudad-Rodrigo*.—El abrigo para casa puede hacerse de franela blanca ó de cachemir azul, guarnecido con terciopelo negro: tendrá carteras y abierto con solapas: un lazo de terciopelo lo cierra nada más.

C. G., *Habana*.—La esquina del pañuelo estará muy elegante, bordada con trencilla inglesa y calados: es un obsequio distinguido, puesto que el objeto es hacerlo por sí misma como muestra de cariño: tambien podría escogerse un dibujo bonito y bordar un óvalo al realce con calados y arenilla.

N. S., *Ciudad-Real*.—El traje de cachemir marrón, es preciso le quite los bieses y le ponga en su lugar terciopelo ancho, el que subirá por los lados figurando la túnica; de ese modo le renueva por completo: forrar la salida de teatro con alpaca ó cachemira blanca.

F. D. de R., *Madrid*.—Los azabaches se cree volverán á estar en boga este invierno y alternarán con los encajes y terciopelo, para adornos de vestidos y abrigos.

LA BARONESA DE WILSON.

ADVERTENCIAS.

Hallándose hoy, con motivo de la guerra, completamente cortadas las comunicaciones con París, suspendemos desde este número la inserción de todo anuncio francés, en la imposibilidad de servir ningún pedido de artículos de aquella capital. Solo á fuerza de sacrificios inmensos y cuantiosos gastos hemos podido recibir hasta ahora, y contamos seguir recibiendo, los figurines, patrones y demás perteneciente á LA MODA. Estén, pues, seguras las señoras abonadas á nuestro periódico de que tan luego como vuelvan á reanudarse las interrumpidas relaciones comerciales con la capital de la nación vecina, continuaremos publicando los anuncios que suspendemos ahora, y serviremos puntualmente cuantos pedidos y encargos tengan á bien dirigirnos.

A la hora de entrar en prensa el presente número, y por las razones arriba indicadas, no hemos recibido el patron ni los figurines correspondientes al mismo, que vienen por una vía extraordinaria, ignorando si llegarán á tiempo de poderlos repartir. Rogamos á las señoras suscriptoras nos disimulen estas faltas, que proceden de fuerza mayor, y que trataremos de subsanar en el número inmediato.

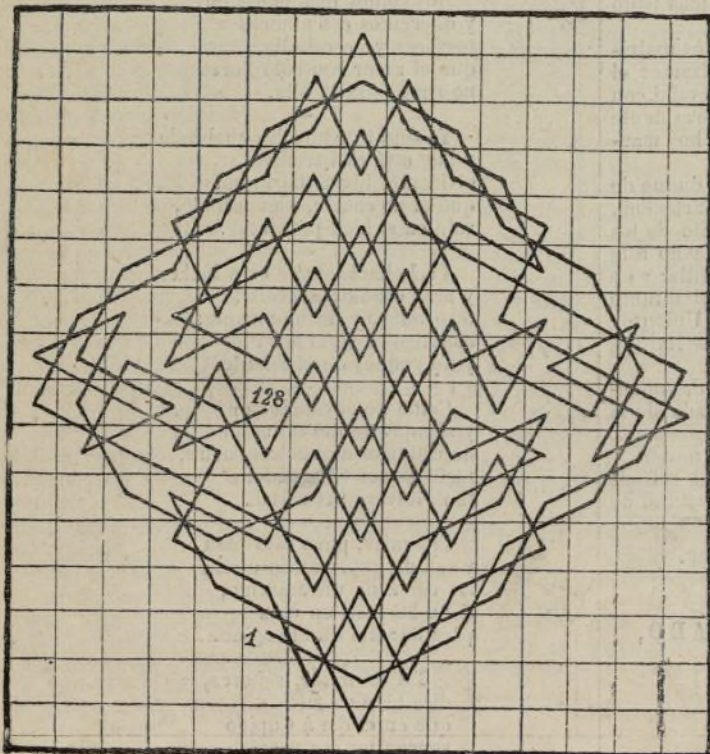
ANUNCIOS.

UNA JÓVEN PROFESORA DE DIBUJO DESEA DAR LECCIONES EN su casa y á domicilio.
Informarán calle de Hortaleza, almacén de muebles, 13.

UNA SEÑORITA PROFESORA EN LOS RAMOS DE SOLFEO Y PIANO, que ha sido premiada en la Escuela nacional de música de Madrid, desea dar lecciones en su casa y á domicilio. Hortaleza, 7, tienda.

MADRID.—IMPRESA DE T. FORTANET.
calle de la Libertad, núm. 29.

Soluciones presentadas al salto de caballo inserto en el núm. 34 de LA MODA.



Srtas. D.^a María Dolores Rendon (Jerez de la Frontera).—D.^a Adelaida Rey (Coruña).—Doña Celestina García (Pinilla de Cayón).—D.^a Concepción Autran (San Fernando).—D.^a Adelina y Carmen Corveto (Cádiz).—D.^a Dolores González Palacios (Oviedo).—D.^a Pilar y Matilde Ballester (Madrid).—D.^a María y Dolores Domínguez (Villafranca de los Barros).—D.^a Julia Fernández Trelles (Madrid).—D.^a Amelia y Dolores Fontana (Teruel).—D.^a Julia Álvarez Cid (Miranda de Ebro).—D.^a M. Dolores Sainz y Rozas (Bilbao).—D.^a M. Jacinta Borrego de Malpica (Conil).—D.^a María del Carmen Mena (Pamplona).—D.^a María de los A. L. (Jerez de la Frontera).—D.^a Rafaela Bushell (Yecla).

Cual soberana, absoluta
Rige la moda á su grev,
Sus caprichos hacen ley,
Nadie su cetro disputa.
Armas tiene muy sutiles
Con que afirmar su poder;
Agujas son de coser,
Que no agujas de fusiles.
Sus tropas son costureras,
Mercaderes sus cañones,
Telas son sus municiones,
Figurines sus banderas:
Este ejército brillante
Lleva por guía un pendón,
Y en él va puesto un renglón
Que dice: «Moda Elegante.»

La Srta. doña María Gil (de la Habana) nos ha remitido también la solución exacta del geoglífico que publicamos en el núm. 28.